

HUGO EDGARDO BIAGINI  
(1938)

MARCELO ALEJANDRO VELARDE

Hugo E. Biagini nació en Buenos Aires, Argentina, en 1938. Dirigido por Rodolfo Agolia, recibió el título de doctor en Filosofía *summa cum laude* en la Universidad Nacional de La Plata, en 1972. Se consagró sobre todo a la historia de las ideas argentinas y latinoamericanas, desarrollando su labor como investigador y docente en diversas universidades y en otras instituciones de su país; entre ellas, CONICET y la Academia de Ciencias. Es miembro fundador de foros internacionales tales como la Asociación Iberoamericana de Filosofía y Política, y, más recientemente, el Corredor de las Ideas del Cono Sur. Ha disertado como profesor invitado en universidades latinoamericanas, norteamericanas y europeas. Su producción intelectual cosechó prestigiosos premios, tanto nacionales como internacionales. Los trabajos interdisciplinarios que promovió y dirigió merecieron reconocimientos desde diversas áreas de la cultura.

Conforme a "lineamientos crítico-prácticos" (1992: 9), la obra de Biagini está signada por el rescate del legado de intelectuales y pugnas ideológicas de relevancia para una comprensión concientizadora de nuestros avatares identitarios; un legado cuya riqueza documenta además, en diversos grados, la originalidad y el precursor alcance universal del pensamiento latinoamericano en cuestiones políticas y sociales de persistente actualidad, sin descuidar el reflujo crítico de ideas con otras latitudes (especialmente España y Estados Unidos). Pero para apreciar con justeza por qué la historia de las ideas adquiere en Biagini el carácter de una memoria activa del pensamiento alternativo, hay que abordar una cuestión clave de toda su evolución intelectual: el papel epistemológico crucial que viene a cumplir en las ciencias sociales un enfoque

historiográfico axiológicamente comprometido con la situación latinoamericana, y de indeclinables aspiraciones ecuménicas.

Biagini rechaza la clásica exigencia de neutralidad valorativa en ciencias sociales, dirigiendo sus impugnaciones básicamente por dos frentes: contra quienes denigran la actividad y el discurso políticos, y contra aquellos según los cuales la ciencia menoscaba su calidad como tal si no se mantiene exenta de juicios de valor. Mientras los primeros no ven en la política sino un quehacer marcado por la mezquindad, el engaño y la voracidad de poder, causando discordias entre los miembros de la sociedad, Biagini observa que, por el contrario, la política sería más bien "una modalidad arquetípica por la cual esas diferencias se ponen de manifiesto" (1992: 22), y que las ideologías, en ciertos casos incluso con escaso rigor conceptual, han contribuido no pocas veces a gestar transformaciones sociales igualitarias. En el segundo frente, Biagini reivindica la inspiración ética que movió desde sus inicios a la ciencia política, agregando que ni siquiera serían posibles la descripción y el análisis como fines en sí mismos.

Esta doble impugnación conduce a desechar la pretensión de que ciencia e ideología sean términos totalmente antitéticos, mientras que la historiografía, preservando el imperativo de apoyarse rigurosamente en fuentes documentales y sin alentar, por consiguiente, "ningún relativismo subjetivista" (1992:165), se perfila ya, sin embargo, como una disciplina con fines eminentemente éticos. Por otra parte, de conformidad con la tesis de Agoglia sobre la unidad de conciencia filosófica y conciencia histórica (1992: 338), y si la filosofía es la expresión cultural "que más legítimamente se nutre de su pasado", la historia será igualmente el campo más propicio para el ejercicio de su función crítica, según el objetivo de "recrear el pasado para prever el porvenir" (1992:243).

Una línea convergente con esta reorientación de la historiografía se remonta a Alejandro Korn, quien tras propender inicialmente a la neutralidad valorativa, conceptuaría luego al

filósofo como axiólogo, advirtiendo además que los valores, lejos de anclar en la eternidad, no son sino cristalizaciones de las valoraciones históricas que configuran identidades culturales. Sin embargo, Korn no alcanzó a resolver lo que veía como una antinomia práctica entre *vita contemplativa* y *vita activa*. En tal sentido, Biagini está de acuerdo con Arturo Roig en la necesidad de rechazar la prioridad del yo trascendental, así como las limitaciones academicistas del discurso filosófico, sosteniendo que es más bien en el discurso político en el cual el pensamiento puede acceder a la manifestación de la alteridad y a la pluralidad de valoraciones en pugna. Por otra parte, es claro que si el hegelianismo se desentiende de factores económicos y niega toda posibilidad prospectiva al pensar, el prominente papel crítico y emancipador asignado a la historia de las ideas implicará también traspasar el cerco de la filosofía hegeliana de la historia. O como observara ya en 1931 el fundador del primer Partido Socialista de América, Juan B. Justo: “no concebimos el pasado sino refiriéndolo al presente, y éste no se revela en su complejidad sino a quienes, movidos por necesidad o aspiraciones, preparan intencionalmente un futuro distinto” (1989: 21).

La historiografía de Biagini asume así, con el compromiso humanista, su propia potencia ideológica al evaluar otras expresiones intelectuales: las examina en sus fuentes y las juzga con ecuanimidad, siendo de este modo doblemente objetiva, pero no por ello imparcial. Sin llegar a suscribir la sentencia nietzscheana según la cual “no hay hechos, sólo interpretaciones”, Biagini advierte que los documentos constituyen desafíos hermenéuticos y no meras instancias de constatación, por lo cual destaca el papel propia y legítimamente epistemológico que le corresponde al examen valorativo. O como expresa, por ejemplo, al presentar sus consideraciones en torno de un pretendido ocaso de la historia: “Por descreer de las puras facticidades, se apelará a un soporte principalmente axiológico” (1996: 155). En términos de la Grecia clásica, cabría decir que

se trata de reivindicar que allí donde está en juego lo humano, la verdad no puede escindirse del bien. Aunque no será en la metafísica —en tanto proclive a la abstracción y a aspiraciones fundacionales— y mucho menos en “la quimera tecnocrática de colocarse allende las ideologías” (1992:76), sino en la historia de las ideas donde la consecuente necesidad de desenmascarar los fetiches del *statu quo*, y de orientar acciones transformadoras, encuentre “un tipo *sui generis* y decisivo de enfoque hermenéutico, según el cual la búsqueda de lo objetivo coincide con el develamiento y la realización de la dignidad humana, con nuestra necesidad de autoafirmarnos” (2000a: 89).

En suma, Biagini entiende su lugar de pensador como el de un axiólogo situado, puesto a documentar y a evaluar la genealogía plural de las valoraciones implicadas en la historia ideológica de nuestras pugnas emancipatorias en cuanto procesos identitarios, mostrando que en éstos las frustraciones nunca son fatalidades, y destacando la precocidad, la vigencia y la fuerza prospectiva de las vertientes alternativas allí involucradas. De ahí su inequívoco llamado a “abandonar de una vez por todas la historia puramente notarial y necrófila —de personajes, sucesos y entelequias— para decidarnos a adoptar un miraje crítico, práctico y normativo que, con todos los recursos de la imaginación, nos ayude a romper el círculo del estancamiento y la opresividad” (1992: 163).

No es casual entonces que del cuantioso *corpus* documental que examina nuestro autor para cada tema, la mayoría de las citas contengan o dejen entrever juicios de valor y claras incidencias sociales. Igualmente consecuente es su práctica axiológica al evidenciar una sostenida amplitud pluralista, y al mantenerse “renuente a historiografías tanto broncíneas como lapidarias” (1989: 178). Lejos de soslayar contrariedades, Biagini recorre siempre la vasta variedad de contrastes que exhibe la lucha de ideas, mostrando además de este modo, con mayor claridad, que éstas son tan terrenales como sus protagonistas.

En todos los casos, los juicios de nuestro autor dan pruebas también de la necesidad de aguzar el discernimiento, de evitar antinomias simplificadoras, de desmenuzar las dispares líneas de fuerza que suele encubrir el uso rotulador de términos tales como *progreso*, *positivismo* o *nacionalismo*, e incluso de otros aparentemente más neutrales, como *nativo* o *científico*. Por otra parte, Biagini siempre insistió en la necesidad de poner de manifiesto los intereses sociales y económicos con los que se corresponden las acciones ideológicas indagadas, tomando distancia de “las explicaciones que se agotan en rastrear una causalidad primigenia para definir realidades tan dinámicas y complejas como la de nuestro desarrollo colectivo” (1989: 122); explicaciones tales que a la larga terminan contrariando la propia índole histórica de la realidad en cuestión, y clausurando por eso mismo el futuro.

Antes de pasar a otros tópicos, y remitiendo a los textos para apreciar el examen de fuentes y la compulsión de otros enfoques que en cada caso sustentan las evaluaciones de Biagini, cabe detenerse en algunas indicaciones ilustrativas de su trabajo en temas específicos; cuando menos en relación a las incidencias sociales que pueden tener las dimensiones ideológicas del discurso.

Biagini observa, por ejemplo, que si durante el periodo colonial las élites dominantes solían descalificar al indígena como *bárbaro*, por su presunta falta de religiosidad, posteriormente las expresiones más retrógradas del cientificismo positivista mantendrían tal calificación con el argumento exactamente inverso, alegando que el indígena encarnaba una etapa primitivamente teológica (1996: 140). Y de entre las posturas racistas de fines del siglo XIX examinadas por nuestro autor, no está de más traer por caso la siguiente, habida cuenta de que fuera impartida a los profesores de geografía —advierte Biagini— como referente básico de su formación científica: “Los habitantes de los países cálidos son haraganes y sensualistas. Los habitantes de las montañas son robustos, tra-

bajadores, altivos de carácter [...] El cruzamiento de las razas superiores fortifica física, intelectual y moralmente la familia [...] Los pueblos sajones y germanos están demostrando superioridad industrial y científica [...] Tanto el parlamentarismo como los congresos muy numerosos han dado dudosos resultados”.

Sin embargo, y además de subrayar que el positivismo argentino no se limitó a ser un remedo acrítico del europeo, Biagini ha mostrado, contra un instalado juicio, que aquél presenta también expresiones indigenistas alternativas claramente anteriores a la de Ricardo Rojas (1995, cap. iv), mientras que espiritualistas como Carlos Encina —rebatiendo la imagen forjada por la historia oficial— tuvieron un connotado predicamento en la llamada generación ochentista (cf. 1995, cap. v). En rigor, tenemos que en la lucha de ideas, el valor de la palabra reside menos en su filiación teórica que en sus derivaciones prácticas.

La perspectiva axiológica comprometida rescata así aquellas líneas de fuerza que pugnan por un orden más equitativo, y sólo en las cuales puede legitimarse la historiografía; disolviendo, por ende, esa encubridora cosificación de las ideas que, con o sin intención evidente, sirve más bien a la pretensión de legitimar el *statu quo*. De ahí que no falten advertencias de este tenor: “la apelación a lo clásico no constituye de por sí un indicio retrógrado si no se tiene en cuenta el cómo y el para qué se lo hace” (1992: 215). O bien esta otra, tras observar que numerosos movimientos progresistas actuales han incorporado instancias religiosas: “quienes perseveran en declamar la caducidad de toda religión, ¿no buscarán resquebrajar las coaliciones populares?” (1996: 163).

Los valiosos aportes de Biagini a la historia de las ideas latinoamericanas —es imposible reseñarlos aceptablemente en este espacio— así como sus reiterados pronunciamientos contra el neoliberalismo —y cabe apuntar que ya al inicio de su evolución intelectual, nuestro autor había efectuado exhaustivas

indagaciones en torno del liberalismo— son explícitamente convergentes con los de otros latinoamericanistas que desarrollaron a su vez ineludibles clarificaciones sobre la metodología y los objetivos de esa disciplina, tales como el mencionado Roig y Horacio Cerutti. Es oportuno, pues, traer a colación algunos de los conceptos que vertía Roig hace ya dos decenios en su prólogo al *Panorama filosófico argentino* de nuestro autor: observaba Roig que significativas líneas historiográficas y filosóficas europeas (como las desplegadas por Derrida y Foucault) avalarían el *modus operandi* de Biagini; y que si acaso la tradición europea tiende a ir de las ideas hacia la historia, Biagini representaba un claro ejemplo de que en Latinoamérica, mediante la historia de las ideas, corremos con ventaja en cuanto a desarrollar la integración de ambas líneas de trabajo por la vía inversa (1985: 8-9). En efecto, ésta ha sido la ruta transitada por Biagini, junto al propio Roig en especial; e importa indicar ahora ciertos tópicos que, en el caso de nuestro autor, y conforme a la evolución de su enfoque axiológico, forjaron su obra y lo situaron hoy en inmejorables condiciones para discernir las plurales potencialidades emancipadoras del pensamiento alternativo.

Entre tales tópicos está la identidad cultural, tanto la latinoamericana como la argentina en particular. Desde sus primeros abordajes sistemáticos al respecto, Biagini advierte que la identidad “supone conciencia de la alteridad” (1989: 39). En disidencia con los enfoques dominantes durante gran parte del siglo xx —aquellos que enaltecían expresiones como las de “ser nacional”— sostendrá además que la identidad debe ponderarse.

En tanto que este hacernos toma sus pautas de un “debemos ser”, no es casual que la identidad se revele como un proceso regulativo y confluya con ese rasgo tan prominente de la identidad latinoamericana que es la utopía. Limitándonos aquí a una concisa puntualización, encontramos que, en efecto, “el proceso identitario se asemeja a la utopía, en tanto ambas

representan intentos o aspiraciones para modificar el orden existente” (2000b:29-30). Partiendo de la cuestión de la identidad, Biagini viene a encontrar fecundas afinidades con las clarificaciones sobre la utopía desarrolladas, entre otros, por el propio Ainsa. Y sin duda, uno de los libros más representativos de la sensibilidad intelectual de nuestro autor, es *Utopías juveniles: De la bohemia al Che*, en el cual la efectividad de la utopía está a flor de piel en el protagonismo de la juventud; protagonismo que encarna uno de los vectores más caros al ecuménico ideario latinoamericano.

Por otra parte, a Biagini le interesa especialmente la función al mismo tiempo axiológica y cognoscitiva que cumple el pensamiento utópico —más que la utopía como género literario— el cual “no denota una pura actitud contemplativa, sino un *modus cognoscendi* para decidir y actuar” (2004:13). Aunque justamente por eso, en vista de que lo utópico indique tanto metas como caminos, y seguramente inducido también por su larga experiencia de historiador, nuestro autor estime preferible esa amplificación y diversificación que encuentra mejor designada como *pensamiento alternativo*, entre cuyas variadas acepciones tenemos: “pensamiento emergente, concientizador, incluyente, crítico, ecuménico, formativo, solidario, comprometido, ensamblador, principista, autogestionario etc.” (2004: 11). Conjugando las grandes causas emancipatorias, tal pensamiento ha respondido y responde a una amplia gama de vías alternativas al orden imperante: desde actitudes contestatarias y *pequeñas* resistencias hasta postulaciones revolucionarias, pasando por las de carácter reformista. Es lo que muestran en su voluminoso primer tomo —al momento de redactar estas líneas está en prensa el segundo— los numerosos autores que colaboraron en *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo xx*, bajo la dirección de Biagini y Roig.

Pero aunque la mentada expresión haya pasado al primer plano en réplica a las pretensiones tecnocráticas y neoliberales del “pensamiento único”, un enfoque de la historia de las

ideas como el practicado por Biagini ya venía planteando la necesidad de rescatar y revitalizar proyecciones alternativas tales como la del movimiento reformista universitario —por mencionar otro ejemplo que quedará sin desarrollar aquí—. Si volvemos, por caso, sobre la comentada generación ochentista, encontramos que nuestro autor, tras manifestar serias reservas acerca de la noción de *generación* como pauta historiográfica, planteaba sin demora: “Corresponde asimismo preguntarse por qué no suelen tomarse como símbolos generacionales los clubes políticos de la Unión Cívica o el Club Vorwärts —expresión del movimiento obrero en ciernes— y por análisis en otros indicadores como el Jockey Club o el Club del Progreso —esa ‘mansión soñada’ en la cual ‘no es dado penetrar a todos los mortales’ (L. V. López). Y por qué razón debemos concentrarnos en la dirigencia blanca, sin incluir a otras figuras protagónicas, al estilo de Calfucurá o Catriel” (1989: 97).

BIBLIOGRAFÍA

- Biagini, Hugo, 1985, *Panorama filosófico argentino*, Buenos Aires, Eudeba.
- , 1989, *Filosofía americana e identidad: El conflictivo caso argentino*, Buenos Aires, Eudeba.
- , 1992, *Historia ideológica y poder social*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina (*Biblioteca política argentina*).
- , 1995, *La generación del ochenta*, Buenos Aires, Losada.
- , 1995, *Intelectuales y políticos españoles a comienzos de la inmigración masiva*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina (*Biblioteca política argentina*).
- , 1996, *Fines de siglo, fin de milenio*, Buenos Aires, UNESCO/Alianza Editorial.
- , 2000a, *Lucha de ideas en Nuestramérica*, Buenos Aires, Leviatán.
- , 2000b, *Entre la identidad y la globalización*, Buenos Aires, Leviatán.
- , 2000c, *Utopías juveniles: de la bohemia al Cbe*, Buenos Aires, Leviatán.
- , 2000d, *La reforma universitaria: antecedentes y consecuentes*, Buenos Aires, Leviatán.
- , y Arturo Roig, 2004, *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo xx, tomo I: Identidad, utopía, integración (1900-1930)*, Buenos Aires, Biblos.